

EL INFLUJO DE DON VICENTE

JOSÉ MARÍA DESANTES GUANTER*

Los elocuentes testimonios acerca de la vida y la obra del Profesor don Vicente Rodríguez Casado, expuestos por todos sus amigos y discípulos, me impedirían añadir nada que no estuviese ya dicho. La unanimidad de sentimientos es, por sí misma, un testimonio de que don Vicente, Vicente, Vicentón o don Vicentón, según como lo fuimos tratando más de cerca a lo largo de nuestra relación con él, queda en nuestro ánimo como un valor que está en pie de una manera permanente. El año transcurrido desde su fallecimiento, y los años sucesivos nos mantendrán la memoria viva y vital del Doctor Rodríguez Casado cual la de una personalidad de proyección futura palpitante, tal como él veía latir la tradición del pasado en el presente a través de su perspectiva de historiador. Esa proyección, convertida en perenne actualidad, es lo que significamos como clasicismo.

El pensamiento de lo clásico, de lo que no perece, de lo que por ser perpetuo es siempre nuevo, suscitado al referirse a don Vicente, me permite añadir alguna nueva idea. La clave del clasicismo, que subyace a todo lo anecdótico de Vicente, la encuentro en la encrucijada de las dos preguntas que ha formulado, al final de su testimonio, la Doctora González Umeres, acreditando con ello su condición magisterial: se ha dicho, con razón, que buen maestro es el que sabe preguntar más que el que sabe responder. Y las cuestiones que han quedado flotando, han venido, en efecto, a proporcionar la base de unas breves respuestas que voy a permitirme aventurar, siempre, como en los dictámenes jurídicos, sometidas a otras de mejor fundamento.

* Catedrático de Derecho de la Información, Universidad Complutense. Profesor Visitante, Universidad de Piura.- Palabras pronunciadas en el Acto Académico en honor de don Vicente Rodríguez Casado en la Universidad de Piura el 6 de septiembre de 1991.

Las preguntas, si mal no recuerdo, estaban formuladas así:

- I. ¿Qué debe la Universidad de Piura a don Vicente Rodríguez Casado?
- II. ¿Qué debió don Vicente a la Universidad de Piura?

La Universidad de Piura y don Vicente

Es difícil responder de una manera pormenorizada al interrogante de lo que debe la Universidad de Piura a don Vicente. El dejó aquí muchas y muy profundas huellas para poder, en pocas palabras, formar un inventario detallado de sus labores en la tierra de Grau. Piura fue una más de las universidades que tuvieron la suerte de contar como maestro, como investigador, e incluso puede afirmarse que como cofundador, a Rodríguez Casado. Don Vicente fue un hombre fundamentalmente universitario. Supo captar, desde su juventud, lo que es la esencia de la Universidad y supo, a lo largo de su vida, derramar estilo universitario por doquier y contagiar del buen virus académico a quienes le rodeamos. La Universidad, en general, y no sólo la de Piura, está en deuda con don Vicente. Deuda de la que, solidariamente, hemos de responder los universitarios que tuvimos el privilegio de lucrarnos de su magisterio.

El que sea la Universidad piurense la única entre las que él sirvió que, no sólo se conmovió ejemplarmente con su muerte, sino que conmemora su memoria de una manera entrañable y solemne en este homenaje con motivo de su primer aniversario, es un acto no sólo de afecto, sino también de justicia, si pensamos que aquí dejó don Vicente lo mejor de su experiencia como universitario, aquilatada en los últimos años de su existencia. Nuestra Universidad de Piura debe a la Providencia el haber contado, desde su inicio, con un universitario cabal.

Lo que es de una definitiva importancia si pensamos que la Universidad no es un campus con una serie de edificios, sino una comunidad de personas, maestros y discípulos, entre las que se produce una comunicación constante de saberes. Como en los vasos comunicantes, el nivel más alto es el que eleva el nivel medio de la institución. Don Vicente trajo a esta casa la cota más elevada posible de capacidad para la convivencia de la comunidad académica; y de calidad para la comunicación, científica y humana, entre los universitarios de todos los estamentos.

A partir de este aserto básico, podríamos ir reseñando cada uno de los servicios que Vicente prestó a Piura, con el entusiasmo desbordante que le

caracterizaba y que se conjugó con su entrañable amor a Perú. Como simple Profesor visitante, no soy el más indicado, por razones obvias, para hacer esta descripción. Pero visto globalmente, como es posible comprenderlo desde fuera, sí puedo subrayar que él sembró, en este oasis académico, como una suma pedagógica, un triple ejemplo que alcanzó por igual a los que asistieron a sus clases y a los que no nos fue posible hacerlo.

Humanista, investigador y maestro

A Vicente le rebosaba el humanismo, convertido en humanidad, que le permitió entender a todos; estar pendiente de cada uno; conocer perfectamente a las personas; decir a cada cual lo que en todo momento le convenía; levantar los ánimos; despertar las ilusiones; ver el mundo, en general, y el universitario, en concreto, como algo maravillosamente dispuesto por Dios que invita a entregarse con generosidad a su realización en el tiempo.

Don Vicente no cesó, de un modo o de otro, de investigar científicamente desde su época discente. Pudo, en los últimos años de su vida, pasar de las rentas de lo mucho que había estudiado e investigado hasta entonces. Los acendrados conocimientos de su materia le hubiesen bastado para hilvanar sus clases de una manera clara, pedagógica, interesante y amena como él sabía hacer. Pero no fue así. Ni siquiera se escudó en la falta de medios que la Universidad, recién nacida, podía ofrecerle. Ni en su ya menoscabada salud.

Don Vicente probó que el verdadero científico puede pasar por encima de las carencias objetivas y subjetivas y ahondó en la investigación hasta el punto de redondear su pensamiento histórico plasmado en la colección de libros cuyo segundo título presentaremos mañana. Serie de libros a la que bautizó con el modesto nombre de «Introducción a la Historia Universal», cuando, en realidad, constituye una culminación a modo de una Filosofía e, incluso, una Teología de la Historia. Todo ello sin perjuicio, como buen científico, de seguir adelantando la línea de vanguardia de los conocimientos epistemológicos concretos de su disciplina que se le desbordaban incluso en cualquier conversación que pudiera parecer ordinaria, pero que siempre tenía trascendencia para quien le escuchaba. Los ejemplos anecdóticos podría multiplicarlos; pero es innecesario, porque los que le conocisteis sabéis que era así.

Don Vicente alcanzó ese grado superlativo de la ciencia que es la sabiduría. Uno de los factores de la felicidad interna y notoria de nuestro hom-

bre fue, precisamente, que no sólo sabía, sino que saboreaba la ciencia que profesó. Por una parte, por el perfecto acoplamiento entre su vocación y su intensa dedicación. Por otra, como gratificación de un esfuerzo mantenido a lo largo de su vida intelectual, a veces contra corriente o teniendo que compartirlo con otras atenciones, universitarias o extrauniversitarias, en las que tuvo que prestar servicios que le fueron demandados.

La atracción que ejerció la sabiduría de Rodríguez Casado aseguró que se viera rodeado de un plantel de discípulos a muchos de los cuales formó como maestros. Bastantes universidades del mundo, y entre ellas caracterizadamente la de Piura, se han enriquecido, no sólo con las enseñanzas directas de su magisterio, sino con la persistencia de su escuela a través de los docentes e investigadores que él adiestró o que contribuyó decisivamente a formar.

La Universidad de Piura deberá siempre a don Vicente el haberse constituido en uno de los sillares colosales de su fundamentación sobre los cuales se ha podido construir y se seguirá siempre construyendo, adobe a adobe, algarrobo a algarrobo, esta institución que —puedo decirlo con palabras oídas de alguien no precisamente vinculado ni afín a la misma— es hoy la que marca la pauta de lo que debe ser la Universidad peruana de nuestro tiempo. Yo ampliaría esta idea paradigmática a la Universidad hispánica, y tanto a la de nuestro tiempo cuanto a la del futuro. En muchos de los rasgos de la fisonomía admirada, por admirable, de esta Universidad se pueden advertir los trazos del perfil de uno de los universitarios más completos que he conocido a lo largo de mi ya larga vida académica.

Todo sucede para mejor

Aunque pueda parecer extraño, más fácil resulta responder a la segunda de las cuestiones planteadas. Don Vicente Rodríguez Casado debió, en síntesis, a la Universidad de Piura el haberse reencontrado con una Universidad auténtica en la que poder convertir en acto toda su potencialidad universitaria cuando se le limitaba o se le impedía en su patria.

La biografía de Rodríguez Casado hay que encuadrarla entre las del grupo de hombres que, no sólo supieron superar el trauma de la Guerra Civil en 1936, que sufrieron en toda su dureza, sino que sacaron de su cruel experiencia energías suficientes para hacer resurgir la Universidad, la investigación y otros aspectos del país español entero. Y esto lo hicieron manteniendo un difícil equilibrio entre la lealtad y la corrección, con su pensa-

miento y su conducta, de los excesos y desviaciones políticas de un régimen que creyeron salvable, entresacando sus raíces cristianas, pero con el que no coincidían en sus inclinaciones autoritarias, intervencionistas y estatistas.

No es cuestión de hacer aquí una lista de personajes que, aunque con diversas tendencias y criterios, lograron un renacimiento indiscutible basado en un acendrado sentido de la dignidad y la libertad del hombre. En esta pléyade de hombres, entre los que se nominan todos mis maestros, se encuentra la raíz personal de lo que tanto se ha ponderado después como ejemplar transición política hacia la democracia. Tan indiscutible es esta afirmación que se ha cuidado mucho de no ponerla a discusión. Lo que se ha hecho, en cambio, es silenciarla; destruir gran parte de las obras hechas, sin sustituirlas por nada; y apartar al autor de sus propias realizaciones, a veces de una manera cruel, como, entre otros, en el caso de don Vicente.

Dentro de esa corriente constructiva de hombres, brilla con luz propia la ejecutoria del Doctor Rodríguez Casado. Profesor universitario desde muy joven, su capacidad de creación, de promoción y de agrupamiento de personas resulta sorprendente: un Instituto de Investigación, una Universidad Hispanoamericana, un Instituto Politécnico, varias Residencias universitarias, una Facultad nacida para ser el núcleo de otra nueva Universidad, Asociaciones de universitarios, Ateneos para el acercamiento de la cultura universitaria al mundo del trabajo, instituciones para la edición y el fomento de libros y revistas, seminarios, cursos, ciclos de conferencias, lanzamiento de obras colectivas, etc. La enumeración detallada de todo lo que hizo resultaría demasiado extensa. Y todo ello fue compatible con la enseñanza, con la investigación propia, con la dirección y formación de historiadores, con el desempeño de cargos de gobierno en las Universidades o en la Administración cultural y financiera.

A pesar de eso —o más bien por eso— en don Vicente se cebó la injusticia de los resentidos, de los fracasados y de los holgazanes. La ingratitud de algunos de los que más le debían y la indiferencia o cobardía de otros le expulsaron de todas sus creaciones.

La descomposición de las instituciones en las que él había trabajado o que él mismo había fundado se ha precipitado a veces en un fracaso rotundo o en su desaparición. En concreto, tuvo que vivir la decadencia de la Universidad española, minada por un fanatismo que fue dirigido por los que sólo habían demostrado anteriormente su inoperancia, excepto para vestirse con nuevos colores políticos contrarios a los que les habían permitido acceder —en el régimen anterior— a puestos para los que carecían de

talla. La corrupción de lo mejor da como resultado lo peor: a él le tocó vivir el frustrante hundimiento de la Universidad por la que tanto había trabajado. El calvario de Vicentón hubiera sido suficiente causa para ahogar el entusiasmo de cualquiera que no tuviese su ánimo de acero forjado. Nunca se quejó de nada ni de nadie. Todo lo sufrió con su habitual buen humor y con la sonrisa esperanzada del que cree que todo sucede para mejor.

Su segunda patria

Y, efectivamente, para don Vicente sucedió lo mejor. Quede claro que él no vino a Piura a llenar este vacío, sino a cooperar en la búsqueda de la verdad científica que coincide con la verdad cristiana. Y en esta, que él consideró siempre su segunda patria, se encontró con una Universidad recién nacida; carente de casi todo, incluso de lo necesario; establecida en un lugar sorprendente, si se miraba con ojos humanos; amenazada desde fuera, nada más nacer, por lo más peligroso que puede sufrir una Universidad: los vientos políticos.

Aquí se reencontró con «una» Universidad que respondía a su idea de «la» Universidad. Recuperó don Vicente un auténtico ámbito universitario que, contra toda corriente y contra toda predicción, conseguía fraguar una entidad sólida en su fundamentación, adecuada en su estructura y funcionamiento, firme en sus criterios, solvente en sus enseñanzas, alegre en su ambiente, humana en su trato. Y Vicente rimó en plenitud con ella. Y pudo seguir entregándose a los afanes académicos con la magnanimidad que él sabía poner en juego.

Yo recuerdo el interés que suscitaba en los que le oíamos la historia reciente y el desarrollo sucesivo de la Universidad de Piura, que repetía y ampliaba cada año, al regreso de su estancia en Perú. Como algunos otros de nuestros compatriotas, cuando aquí vinimos por primera vez, nada de lo grandioso que estamos presenciando nos extrañaba porque lo teníamos previsto, en la lejanía trasatlántica, desde que escuchamos a don Vicente. Había reverdecido su entusiasmo universitario como lo tuvo en la época en que fue, a la vez, Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Sevilla, Director del Instituto de Estudios Hispanoamericanos y Rector de la Universidad Hispanoamericana de Santa María de la Rábida, la época de fecunda juventud en que le conocí durante sus estancias esporádicas en la Residencia del Consejo Superior de Investigaciones Cien-

tíficas de Madrid. Después tuve que colaborar con él en varias labores culturales, científicas y universitarias.

Anclado en estas arenas, Vicente pudo seguir desarrollando su capacidad de proyectar y su voluntad de realizar sus proyectos, que es la clave de las almas y que priva sobre la edad cronológica. Don Vicente, que siempre fue joven, al encontrarse con Piura, volvió a ser más don Vicente.

Un especial aliento

Termino. La cuenta de resultados en materias intelectuales o inmateriales no se puede traducir en cifras. No podremos saber nunca si el saldo resultante de este beneficioso influjo recíproco está a favor de la Universidad o estuvo a favor de don Vicente. Pero sí podemos estar seguros de algo que resulta evidente. Las satisfacciones que Piura produjo a su veterano Profesor duraron, humanamente hablando, los años de su vida. Él, que era agradecido, intercederá en el cielo en favor de esta su postrera y entrañable Universidad. Pero lo que Piura debe a don Vicente no se extinguirá con los que, en ella y fuera de ella, tuvimos la suerte de conocerle, de tratarle, de aprender directamente de él. Su influjo trascenderá a las promociones de maestros y alumnos que hemos conocido, que conoceremos y que les sucederán. Porque la universidad no se compone de estratos generacionales, sino de estirpes unidas por un especial aliento que los universitarios debemos a la Universidad, a la vez que contribuimos a formar de una manera más o menos eficaz.

Está acreditada la eficaz contribución al florecimiento de esta *alma mater*, que se deberá siempre a don Vicente, en perfecto acoplamiento con su espíritu estatutario fundacional. Por eso los recuerdos suscitados no han tenido un tono triste. Han estado vivificados por el optimismo a ultranza, que más propiamente hay que llamar alegría, uno de los rasgos dominantes en la personalidad de don Vicente Rodríguez Casado.